



MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL

Mi
amigo
el Che

A stylized graphic of a mountain range. The mountains are rendered in shades of brown and grey. A white star is positioned on the rightmost peak. The graphic is partially overlaid by the text 'amigo' and 'el Che'.

MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL

Mi **RICARDO ROJO**
amigo
el Che

**El primer libro sobre la vida y
la muerte de Ernesto Guevara**

MAREA
EDITORIAL

**Prólogo de Daniel Divinsky
y epílogo de Alejandra Rojo**



Rojo, Ricardo

Mi amigo el Che : el primer libro sobre la vida y la muerte de Ernesto Guevara / Ricardo Rojo ; Prólogo de Daniel Divinsky. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2024. 280 p. ; 16 x 24 cm. - (Historia Urgente / Constanza Brunet ; 105)

ISBN 978-987-823-034-4

1. Biografías. 2. Revoluciones. 3. Historia de América del Sur. I. Divinsky, Daniel, prolog. II. Título. CDD 980

Dirección editorial: Constanza Brunet

Coordinación editorial: Víctor Sabanes

Asistencia de edición: Carmela Pavesi y Zarina Palacios

Comunicación: Verónica Abdala

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Corrección: Marisa Corgatelli

Foto de tapa: Ernesto "Che" Guevara y Ricardo Rojo en la zafra, febrero de 1961, Cuba. Archivo personal de Alejandra Rojo.

Foto de contratapa: Ernesto "Che" Guevara y Ricardo Rojo junto a campesinos en la zafra, febrero de 1961, Cuba. Archivo personal de Alejandra Rojo.

© 1968 Ricardo Rojo

© 2024 Alejandra Rojo

© 2024 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-034-4

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio



Primera Parte

DESCUBRIENDO LATINOAMÉRICA

MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL

UNA REVOLUCIÓN EN LAS NUBES

En el invierno de 1953, un hombre joven se fugó espectacularmente de una seccional policial en Buenos Aires. Había sido apresado diez días antes, cuando la policía política trataba de establecer la importancia de un movimiento opositor y, sobre todo, si este movimiento mantenía contactos estrechos con oficiales de las Fuerzas Armadas. Encarcelado y sometido a interrogatorios continuos, el prisionero llegó a la conclusión de que debía fugarse de cualquier modo la misma tarde que un reguero de explosiones de dinamita interrumpió un discurso del presidente Perón, que hablaba a una multitud de obreros, reunidos frente a la Casa de Gobierno, en la Plaza de Mayo. Aunque no existían evidencias terminantes de que hubiera tenido participación en los atentados, era prisionero de un aparato policial que debía demostrar su eficacia, precisamente, arresando sospechosos. De manera que después de pensarlo una y otra vez, la madrugada del 4 de mayo de 1953, se escabulló sigilosamente mientras su guardián lo creía dedicado a desocupar su intestino. Salió a la calle lentamente y, sin ninguna complicidad externa, consiguió asilo diplomático en la Embajada de Guatemala, donde pudo considerarse finalmente a salvo.

El hombre sobre el que escribo era yo mismo. Pero ha cambiado tanto la perspectiva de los hechos contemporáneos

de aquella fuga, ha cambiado tanto mi propia conciencia del proceso histórico que me tocó vivir, que puedo ver a aquel hombre que buscaba la libertad y se arriesgaba a ser cazado en las calles como una fiera acorralada, sin que me cueste ningún esfuerzo pensar que era otro.

Era yo, empero. Abogado, veintinueve años, padres propietarios rurales y amigos políticos de la oposición, mi actividad se había concentrado en una comisión que el partido opositor, la Unión Cívica Radical, había formado para defender presos políticos y sindicales. El jefe de esta comisión, formada por cuatro miembros, era Arturo Frondizi, entonces mi amigo y, sin ninguna duda, el maestro de una generación de políticos jóvenes que, junto a él, tomaría el gobierno pocos años más tarde. En 1953, sin embargo, Frondizi era una personalidad ascendente dentro de un partido marcado por una circunstancia que se había vuelto inseparable de su propia existencia: la oposición al gobierno del general Juan Perón.

Nuestro partido, el radicalismo, tenía detrás suyo una historia completa de servicios al país. Podía recordar que había levantado una y otra vez las banderas nacionalistas en la política económica y en la política internacional; podía demostrar que había llevado adelante la legislación social y que había contado con el apoyo de cientos de miles de obreros. Pero en 1953, este partido no encontraba la forma de probar que estos principios de acción política por los que había luchado tantas veces estuvieran siendo traicionados o abandonados por el gobierno de Perón, al que se oponía.

Existía una contradicción insuperable entre la necesidad de llevar a cabo una política opositora y la semiconciencia de que dicha oposición no podía fundarse en reprochar al Gobierno por no hacer aquello que, justamente, estaba haciendo. Para mi generación, esta contradicción se explicó demasiado tarde, o no se explicó nunca. Éramos jóvenes,

estábamos limpios, y terminamos por condenar al gobierno peronista a causa de una serie de características que el tiempo nos iba a demostrar poco serias. Entonces no lo sabíamos y, aunque estábamos convencidos de que nuestro lugar era la izquierda, rechazábamos la idea de que la clase obrera peronista y la izquierda ideal en la que pensábamos tuvieran algo que ver entre sí.

Probablemente en este conflicto que afectó a una generación entera deberá buscarse el impulso que nos llevó entonces a salir de la Argentina. Teníamos otros motivos, además de los personales: también estábamos convencidos de que existía una empresa común para los latinoamericanos, y que esta empresa no podía cumplirse desde la Argentina, en ese momento aislada por causa de su gobierno, y generalmente aislada como consecuencia de su vinculación con Europa.

Había una búsqueda de conocimientos reales. Había un buen margen destinado a las aventuras. Eran dos componentes que se mezclaban de un modo desigual, según los momentos y según los individuos, pero que permanecían combinados en aquella generación de universitarios a la que pertenecía Ernesto Guevara.

Desde el día de mi fuga y mi pedido de asilo en la embajada del régimen izquierdista de Guatemala, habían transcurrido cuatro semanas cuando el Gobierno argentino decidió que yo podía salir del país. El embajador del presidente Jacobo Árbenz era un nacionalista con objetivos claros: denunciaba la agresión que se preparaba contra su país, indicaba por sus nombres a los responsables, y para todo ello no vacilaba en servirse de las columnas de la prensa peronista. Teoría y práctica de la revolución latinoamericana se presentaban juntas en el embajador Ismael González Arévalo, que una mañana me llevó en su auto hasta el Aeropuerto de Ezeiza y me dejó en el avión que iba a ponerme, sano y salvo, del otro lado de los Andes.

Entonces gobernaba en Chile un amigo de Perón, el general Carlos Ibáñez, que sumaba a una fama infundada de espadón intransigente el equívoco de que una parte de la izquierda chilena lo apoyara y otra la combatiera. En Ibáñez se reproducían, en escala reducida, aciertos y errores, progresos y retrocesos, que en mayor dimensión registraba el gobierno de Perón. También la izquierda chilena reflejaba sus mitos y sus manías, sus esperanzas y sus frustraciones sobre este gobierno atrapado por sus contradicciones pero, sobre todo, por las contradicciones de la sociedad cuyos problemas quería resolver.

Para un joven que sale por primera vez de la Argentina, asomarse a los contrafuertes de la Cordillera produce vértigo, y no solamente por la altura. Los rostros cetrinos del pueblo chileno, enjuto de carnes, altivo y humilde, se presentaban para mí como la primera imagen concreta de la raza americana, ese misterioso y explosivo producto humano que es diverso y el mismo en las distintas latitudes del continente.

Fue en Chile, precisamente, al regresar de una visita a los socavones de la mina El Teniente, cuando escuché en el informativo de una radio de la ciudad de Rancagua que los terroristas argentinos, con los que yo estaba procesado en Buenos Aires, habían hecho escuela: en Santiago de Cuba, mezclados con el Carnaval, un grupo de estudiantes universitarios había asaltado un cuartel militar. Fue una noticia fugaz y breve, de la que podía sacarse la conclusión –y seguramente el locutor del informativo lo hizo– de violentas convulsiones políticas en el futuro inmediato de Cuba.

Ocho días después del asalto al cuartel Moncada, llegué a La Paz, Bolivia, donde la revolución nacionalista celebraba ruidosamente un acto preparado con cuidado, la sanción de la ley de reforma agraria, que convertía al gobierno boliviano en el segundo que se atrevía en el continente a una determinación tan profunda.

La capital de Bolivia es la capital más alta del mundo, y hay un lugar, el Paso del Cóndor, a casi cinco mil metros sobre el nivel del mar, que es el paso montañoso más alto del globo. La altura y el clima del altiplano, inhabitable y al mismo tiempo el lugar donde se encuentran las principales ciudades, conforman el carácter del pueblo boliviano. El reflejo de ese trágico contrapunto del hombre con la naturaleza es fácil de advertir en la vida política de Bolivia, donde la presidencia de la República es frecuentemente la antesala de la muerte violenta, y los hombres matan y mueren con una tremenda desesperación, como si quisieran terminar cuanto antes.

En 1953, por el contrario, Bolivia estaba en el momento más alto del entusiasmo popular, y un gobierno nacionalista había llevado a cabo, en poco más de un año, dos reformas fundamentales: había nacionalizado las minas de estaño más grandes del mundo y había reformado el régimen de propiedad de la tierra. De estas medidas del Gobierno se esperaba una transformación de fondo de la estructura económica del país, que estaba como petrificada por un sistema latifundista que trabajaba la tierra bajo un régimen feudal o semifeudal. La productividad era entonces muy baja en Bolivia, y tres millones de bolivianos desarrollaban una existencia inexplicablemente miserable para un pueblo que descendía directamente de los incas, y que como ellos había llevado con orgullo el lema “no robes, no mientas, no seas haragán”.

La suerte de la propiedad de la tierra estaba metida en la conciencia popular como la propia suerte de todo el pueblo boliviano. La cultura aimara, eminentemente agrícola, buscó la más eficiente explotación del suelo y la consideró del dominio común. Los aimaras fueron comunistas primitivos, aunque conservaron la propiedad privada con relación a los bienes muebles. La civilización incaica o quichua, que continuó a aquella, perfeccionó la organización agrícola que encontró,

creando instituciones nuevas, como el *ayllú*, mediante el cual el conjunto de descendientes de un mismo antepasado cultivaba colectivamente el terreno comunitario. Esta institución estaba tan arraigada que en 1953 subsistía en diversas regiones del país. Los conquistadores españoles, posteriormente, arrasaron con el régimen de las comunas, que en una primera etapa prometieron respetar, y de este modo los nativos se convirtieron en siervos despojados de sus heredades seculares. El libertador Simón Bolívar, en el siglo XIX, afirmó la independencia del país, otorgando a los indígenas la posesión de los terrenos que ocupaban. Bolívar realizaba un acto de justicia y, al mismo tiempo, evitaba que se reprodujeran los fermentos de las guerras sociales que por un momento paralizaron la guerra de Independencia en la misma Venezuela. Esta sencilla experiencia, que indica que la estabilidad social y la mayor producción se fundan duraderamente en la explotación y propiedad común de la tierra, fue desconocida por los gobernantes bolivianos durante la segunda mitad del siglo XIX. Un déspota, Melgarejo, declaró que las tierras de las comunidades indígenas pertenecían al Estado, y se apoderó de ellas, para inmediatamente volverlas a vender, a precios ridículamente bajos, entre su corte de favoritos. La consecuencia fue una inmensa anarquización del trabajo agrícola, que continuó agravándose sin cesar hasta que en 1953 el gobierno nacionalista dictó una ley de reforma. Esta ley determinaba que todos los ciudadanos mayores de dieciocho años, que se dedicaran o desearan dedicarse a la agricultura, serían inmediatamente dotados de tierras. Era, sin duda, una ley revolucionaria, aunque resultaba evidente que, puesto que los propietarios rurales extranjeros eran en Bolivia prácticamente inexistentes, el Gobierno, una vez que hubiera sometido a la oposición interna, podría naturalmente promulgar esta ley sin temor a represalias internacionales.

La resistencia de estos sectores internos había sido, sin duda, poderosa. Apenas un año antes, durante la Semana Santa de 1952, una fuerza heterogénea, compuesta sobre todo por mineros y campesinos, soldados desertores de sus regimientos y cuerpos completos de la Policía, había luchado, bajo la dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y había derrotado al viejo Ejército profesional.

La destrucción del Ejército, el establecimiento de un Gobierno donde estaban fuertemente representados los obreros y los campesinos, y la sanción y aplicación de dos leyes de la importancia de estas –nacionalización de las minas y reforma agraria– se presentaban como una secuela inevitable, tomada de los textos ortodoxos de los revolucionarios. Era a este fenómeno original, al que íbamos a ver como un espectáculo al que se agregaba, por exceso, otro motivo de admiración. Después de largos siglos de sumisión, un pueblo indígena levantaba la cabeza y luchaba con las armas en la mano para recuperar la dignidad y el patrimonio perdidos. Este era el espectáculo. Los protagonistas se movían sin parar por las calles empinadas de La Paz, la ciudad cercada de montañas. Por las callejuelas estrechas y enroscadas, entre casas coloniales y en una atmósfera en la que resultaba difícil separar el olor de las frituras y el de la pólvora, subían y bajaban las *cholas*, cargando a la espalda su hijo. Mientras caminan, van hilando sus lanas de llama o de vicuña, teñidas con colores vivos. Estas mujeres han cargado los fusiles de los hombres, han combatido en las calles, han disparado ellas mismas.

Yo las veía desde una ventana del Hotel Austria, a los fondos del Palacio Quemado, sede del Gobierno, y calle por medio con el edificio de Correos. Era, por cierto, el mejor lugar posible, porque en esos días todas eran manifestaciones que desembocaban obligatoriamente en la sede gubernamental.

Se formaban columnas que, en definitiva, tenían muchas

características comunes con las que forman los pueblos armados. Una alegría ruidosa, que contrastaba con el respeto que podía irradiarse de las armas automáticas; una alegría expansiva que comunicaba entre sí a los desconocidos, que se derramaba por las calles y continuaba cuando ya había desaparecido el motivo que la justificaba oficialmente. Las delegaciones entraban y salían de Palacio, se perdían los jefes a la distancia, pero el pueblo bailaba en las calles. De vez en cuando, los rondines confirmaban que las reuniones eran de amigos y en los amaneceres se escuchaba con frecuencia una descarga de ametralladoras cuyo destino era imposible adivinar.

En La Paz vivían algunos argentinos a los que no conocía. Oficiales de la aviación militar, que habían llegado dos años antes, desterrados después del fracaso de un complot, y que ahora construían una ruta pavimentada entre Santa Cruz y Cochabamba. También algunos aventureros que lavaban cuidadosamente las pepitas de oro que, a cielo abierto, se encontraban entre los riscos del río Tipuani. Y un diputado opositor, Isaías Nougués, que era el jefe de un partido provincial en la Argentina, al que sostenía magnánimamente con las ganancias de una plantación de azúcar propiedad de su familia.

Fue en la casa de Nougués, sin duda el argentino más rico y relacionado de todos los que había en La Paz, donde conocí una noche a Ernesto Guevara.

Guevara contaba entonces veinticinco años, era médico y tenía una curiosidad dominante: la arqueología. Por su condición de médico y las tendencias de su especialización, Guevara sin duda estaba realizando, todo a un tiempo, una investigación profunda en las causas de la enfermedad que, a medida que más avanzaba, más lo apartaría del ejercicio de la medicina y más lo comprometería con la política.

La casa de Nougués quedaba en Calacoto, un suburbio residencial donde estaban instalándose entonces las

personalidades que la nueva política proyectaba hacia afuera. Comíamos locro, un guiso con mazorcas de maíz y trozos de carne. El recio apetito del dueño de casa encontraba la manera de agasajar y alimentar a sus amigos compatriotas.

Guevara no me impresionó de ningún modo especial la primera vez que lo vi. Hablaba poco, prefería escuchar la conversación de los demás, y de pronto, con una tranquilizadora sonrisa, descargaba sobre el interlocutor una frase aplastante. La noche que nos conocimos volvimos andando hasta La Paz, y nos hicimos amigos aunque lo único que entonces teníamos realmente en común era nuestra condición de universitarios jóvenes y sin bienes de fortuna. Ni a mí me interesaba la arqueología, ni a él la política, en el sentido que esta actividad significaba entonces para mí, y más tarde para él.

La noche, saliendo de Calacoto, era impresionante. Allí los cerros vecinos están horadados por el tiempo y han tomado la forma curiosa de las tuberías de un órgano. Estas siluetas extrañas se recortan como en una catedral gigantesca, y le dan a la noche una solemnidad trágica.

Caminamos los diez kilómetros hablando de nuestros proyectos, recordando las anteriores experiencias. Guevara me refirió el viaje que había hecho poco antes, cuando intentó llegar a la Isla de Pascua, a tres mil seiscientos kilómetros de la costa, en el Océano Pacífico, con el propósito de trabajar en el leprosario de Rapa Nui.

Había sido un viaje, un “viaje en serio”, según la expresión de Guevara. Él diferenciaba de este modo a otro anterior, cuando recorrió en una pequeña motocicleta doce provincias argentinas, y fue tema para la gloria pasajera del deporte, desde las páginas de *El Gráfico*, una revista para fanáticos del deporte.

El viaje “en serio” también había comenzado en motocicleta. Con el bioquímico Alberto Granado, Guevara, que

Carta de Juan Domingo Perón a Ricardo Rojo¹

Madrid, 2 de agosto de 1968

Al Sr. Ricardo Rojo

Estimado amigo:

Al terminar de leer su interesante obra *Mi amigo el Che*, deseo agradecerle la amabilidad de habérmela enviado y dedicado: ha sido un verdadero placer su lectura. Esta relación histórica complementa admirablemente el contenido del “Diario del Che Guevara” publicado por el Gobierno cubano y da una idea real de los dolores y sacrificios de todo orden que este extraordinario hombre ha debido soportar en su agitada vida de revolucionario.

Sin cuanto usted nos informa de su paso por el Congo y muchas otras circunstancias, no sería fácil comprender que un hombre ya fogueado y experimentado en la guerra de guerrillas se haya encontrado en Bolivia en una situación tan precaria de medios y preparación. La “guerra de guerrillas”, al contrario de lo que algunos creen, es más vieja que “mear en los portones”, pues se practicaba en gran escala ya en la época de Darío II. Desde entonces, hasta la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945, no ha dejado de ser en algunos sectores y circunstancias, la forma de luchar. Pero, como forma de guerra, tiene sus exigencias originales, según sean las condiciones que la situación presenta. La empresa de Ernesto Guevara era, a la vez que temeraria, casi suicida.

Yo, como profesional, he estudiado profundamente la

¹ Enrique Pavón Pereyra (selección): *Correspondencia de Perón*, tomo II, Buenos Aires, Corregidor, 1983.

guerra en la selva y he sido el creador del “Destacamento de Montes”, que en la actualidad tiene guarnición en Manuela Pedraza, precisamente cerca de donde el Che tuvo que desarrollar sus tremendas operaciones, sin más medios que su extraordinario valor personal y la firme decisión de vencer que le animaba, como hombre de una causa. Sin embargo, cuando se opera contra fuerzas regulares especialmente preparadas para esa clase de lucha, tales virtudes no son suficientes: es preciso, por lo menos, contar con algo seguro en cuanto a fuerzas y medios de subsistir en medio tan inhóspito.

Pero, pese a todo, yo creo como usted, que el sacrificio del Comandante Che Guevara no ha sido en vano: su figura legendaria ya ha llegado con su ejemplo a todos los rincones del mundo y muchos anhelarán emularlo. Es que esta clase de sacrificios no solo valen por lo que hacen, sino también por el ejemplo que dejan para los demás. Hasta su muerte, por la forma miserable en que se ha producido, ha tenido la virtud de mostrar claramente, con la clase de bárbaros que ha tenido que vérselas.

Yo soy de los que piensan que, así como no nace el hombre que escape a su destino, no debiera nacer el que no tenga una causa para servir, que justifique su pasaje por la vida. Guevara ha sido el hombre de una causa y eso es suficiente para colocarlo en la Historia con valores propios e imborrables. Por otra parte, combatir con éxito o sin él contra el imperialismo, ha sido en todos los tiempos un sello de honor para los hombres libres y eso nadie lo podrá borrar del epitafio que Guevara tiene sobre su tumba incierta en el espacio, pero tremendamente verdadera en el tiempo.

Le agradezco nuevamente su gentileza y lo felicito por su libro tan instructivo para la juventud como útil para todos nosotros.

Un gran abrazo
JUAN PERÓN



MAREA
EDITORIAL

Índice

Prólogo a esta edición, Daniel Divinsky	9
Prólogo a la edición original, Ricardo Rojo	11
Primera Parte	
DESCUBRIENDO LATINOAMÉRICA	15
1. Una revolución en las nubes	17
2. El torbellino del Caribe	47
3. La forja de un revolucionario	69
Segunda Parte	
GOBERNANDO CUBA	87
4. Vísperas de invasión	99
5. El desafío cubano	131
6. Un socialismo latinoamericano.....	147
Tercera Parte	
ALZANDO PUEBLOS	165
7. Guerrillas en Argentina	167
8. El ardiente misterio	185
9. Pasión y muerte en Bolivia.....	215
Epílogo a esta edición, Alejandra Rojo	255
Agradecimientos	262
Fotos y documentos	263